

Moral y Educación

Algunas reflexiones a partir del pensamiento de John Dewey Diego Antonio Pineda *

“Lo que se requiere es formar hábitos que sean más inteligentes, más sensitivamente perceptivos, más dotados de previsión, más conscientes de sus fines, más directos y sinceros, y que reaccionen con mayor flexibilidad que los que ahora prevalecen. Entonces los jóvenes se enfrentarán a sus propios problemas y propondrán sus propias mejoras “.

John Dewey

John Dewey (1859-1952) es conocido en nuestro medio especialmente por sus obras sobre filosofía de la educación¹. Si bien ellas constituyen uno de los principales resultados, aunque no el único, de muchos años de reflexión sobre los diversos problemas humanos y de una acción formadora que lo llevó a trascender las fronteras de su nación y a influir sobre el mismo sistema educativo mundial, las ideas que allí se exponen son también el producto de un esfuerzo filosófico más amplio.

Aunque Dewey escribió sobre los más diversos temas (educación, ética, política, estética, etc.), el núcleo esencial de todos sus escritos es de carácter filosófico, y aunque sus propuestas educativas son las que han tenido un más resonante eco en nuestro siglo, ocupa como filósofo un lugar destacado, junto con Charles S. Peirce y William James, como representante del llamado “pragmatismo norteamericano”².

Dentro de sus obras estrictamente filosóficas, quisiera, de momento, fijarme especialmente en una: **Naturaleza Humana y Conducta**, nacida de sus conferencias sobre *la conducta y el destino Humanos* en la Universidad Leland Stanford Junior en la primavera de 1918. Si bien el subtítulo de su libro (“introducción a la psicología social”) puede resultar para nosotros engañoso por el sentido que hoy le asignamos al término “psicología social”, el asunto que allí se trata no es otro que el de la “moral” en su más amplio sentido y la tesis que allí se defiende es la de fundar la moralidad en una ciencia de la naturaleza humana.

Precisemos un poco más lo anterior. Si en nuestro medio el término *moral* lo tenemos ordinariamente asociado a la asunción de un conjunto de valores, de actitudes y de normas preestablecidas, a reglas de urbanidad, buenos modales y etiqueta, en fin, a la pretensión de guiar nuestro comportamiento a través de pautas predeterminadas, ése no es el sentido que la palabra “moral” tiene en la obra de Dewey. En el prólogo que escribió para su obra en el año de 1929, el autor anota lo siguiente:

* Diego Antonio Pineda. Profesor Universidad Javeriana, Facultad de Filosofía (Bogotá).

¹ John Dewey nació en Burlington, Vermont, en 1859. Estudió en la Universidad de Vermont y se doctoró en Filosofía en 1884 en la Universidad John Hopkins. Enseñó en las universidades de Michigan, de Chicago, y, finalmente, en la de Columbia, hasta el año 1929. Además visitó y ejerció la cátedra en China, Turquía, México, la Unión Soviética y Japón, donde ejercieron importantes influencias sus ideas educativas.

² Además de las diversas historias de la filosofía, una buena introducción al pragmatismo norteamericano es la de Paul Kurtz: *Filosofía norteamericana en el siglo veinte (textos escogidos). Desde el pragmatismo hasta el análisis filosófico*. Compilación, estudio introductorio, notas y bibliografía de Paul Kurtz, México, F.C.E., 1972.

“En la literatura inglesa del siglo XVIII se daba a la palabra *moral* un significado muy amplio, en el que se incluían todos los asuntos de carácter particularmente humano, todas las disciplinas sociales en lo que respecta a su íntima conexión con la vida del hombre y a su influencia en los intereses de la humanidad. Las páginas siguientes intentan ser una contribución a la moral, así concebida, desde un solo punto de vista, que es el de la estructura y funcionamiento de la naturaleza humana, el de la psicología, en el sentido más amplio de este término”³.

El presente texto no sólo aclara el subtítulo del libro mencionado, no sólo explica en qué sentido la moral tiene que ver con la totalidad de lo humano⁴, sino que también nos pone ya en presencia del punto de vista esencial del pensamiento ético de Dewey: la moralidad no es un asunto que pueda ser tratado a priori, que pueda ser elaborado deductivamente por sucesiva aplicación de principios generales derivados de un sistema teológico, metafísico o matemático; es un asunto experimental, esto es, sólo surge de la consideración en profundidad, y con el aporte de los diversos tipos de ciencias que ayudan a esclarecer nuestra estructura y función en cuanto hombres, de hechos empíricos específicos. De esta manera, el juicio moral, en cuanto juicio sobre nuestra conducta, no pretende solamente tener validez lógica, por ser derivado coherentemente de principios generales captados intuitivamente, sino que, en cuanto fruto de la deliberación, “todo juicio moral es experimental y está sujeto a revisión”⁵.

Teniendo como hilo conductor las anteriores ideas, quisiera rastrear en esta obra de Dewey algunas consideraciones de importancia sobre la relación existente entre moral y educación y ponerlas en conexión con algunas ideas pedagógicas de nuestro autor, especialmente su pretensión de una educación basada en los recursos de la experiencia presente. Por ello desarrollaré tres pasos: en el primero, buscaré profundizar en su idea directriz, la de una ciencia de la naturaleza humana; en el segundo, miraré la relación naturaleza humana-moralidad; en el tercero, trataré de mostrar la necesaria conexión existente entre su pensamiento moral y sus ideas educativas.

El punto de partida: una ciencia de la naturaleza humana.

John Dewey se reconoce deudor de la tradición abierta en filosofía por David Hume. Si bien a este último se le conoce en la tradición de pensamiento sobre todo por las conclusiones escépticas de sus investigaciones, no hay que olvidar que el propósito fundamental de su reflexión era eminentemente constructivo. Ello se puede captar inequívocamente en el prefacio de su obra principal: el *Tratado de la naturaleza humana*, obra que fue escrita cuando todavía era muy joven y que, si bien muchas de sus conclusiones fueron revisadas en textos posteriores, siguió siendo por siempre la expresión más amplia y completa de su pensamiento.

³ Dewey, John: *Naturaleza Humana y Conducta*. México, F.C.E., 1964, p.7.

⁴ En su conclusión, Dewey reforzará fuertemente la presente tesis. Dice allí: “Como la moral se ocupa de la conducta, nace de hechos empíricos específicos (...) la moral, empero, es el más humano de todos los temas de estudio. Es el que está más próximo a la naturaleza humana, es irremediamente empírico, no teológico, ni metafísico, ni matemático. Como concierne directamente a la naturaleza humana, todo lo que pueda saberse sobre la mente y el cuerpo del hombre en la fisiología, la medicina, la antropología y la psicología, es pertinente a la investigación moral (...).

La ciencia moral no es algo que ocupe un territorio sagrado; es el conocimiento físico, biológico e histórico puesto en un contexto humano, en el que iluminará y guiará las actividades del hombre” (Dewey, J.: *Op. cit.*, pp. 268-269).

⁵ Dewey, J.: *Op. cit.*, p.255.

Citaré de allí un texto que, aunque un poco largo, nos pone en presencia de la tesis fundamental. Dice así:

“Es evidente que todas las ciencias se relacionan en mayor o menor grado con la naturaleza humana, y que, aunque algunas parezcan desenvolverse a gran distancia de ésta, regresan finalmente a ella por una u otra vía. Incluso las matemáticas, la filosofía natural y la religión natural dependen de algún modo de la ciencia del HOMBRE, pues están bajo la comprensión de los hombres y son juzgadas según las capacidades y facultades de éstos. Es imposible predecir qué cambios y progresos podríamos hacer en las ciencias si conociéramos por entero la extensión y fuerzas del entendimiento humano, y si pudiéramos explicar la naturaleza de las ideas que empleamos, así como la de las operaciones que realizamos al argumentar (...). Por consiguiente, si ciencias como las matemáticas, la filosofía natural y la religión natural dependen de tal modo del conocimiento que del hombre se tenga, ¿qué no podrá esperarse en las demás ciencias, cuya conexión con la naturaleza humana es más íntima y cercana? (...).

Aquí se encuentra, pues, el único expediente en que podemos confiar para tener éxito en nuestras investigaciones filosóficas, abandonando así el lento y tedioso método que hasta ahora hemos seguido. En vez de conquistar de cuando en cuando un castillo o una aldea en la frontera, marchemos directamente hacia la capital o centro de estas ciencias: hacia la naturaleza humana misma, ya que, una vez dueños de ésta, podremos esperar una fácil victoria en todas partes. Desde ese puesto nos será posible extender nuestras conquistas sobre todas las ciencias que más de cerca conciernen a la vida del hombre. Y además, con calma, podremos pasar a descubrir más plenamente las disciplinas que son objeto de pura curiosidad. No hay problema de importancia cuya decisión no esté comprendida en la ciencia del hombre; y nada puede decidirse con certeza antes de que nos hayamos familiarizado con dicha ciencia. Por eso, al intentar explicar los principios de la naturaleza humana proponemos, de hecho, un sistema completo de las ciencias, edificado sobre un fundamento casi enteramente nuevo, y el único sobre el que las ciencias pueden basarse con seguridad.

Y como la ciencia del hombre es la única fundamentación sólida de todas las demás, es claro que la única fundamentación sólida que podemos dar a esa misma ciencia deberá estar en la experiencia y la observación. No es una reflexión que cause asombro el considerar que la aplicación de la filosofía experimental a los asuntos morales deba venir después de su aplicación a los problemas de la naturaleza (...)⁶.

Conviene que destaquemos varias cosas en el presente texto:

- a) Se parte del reconocimiento de que existe una “naturaleza humana”. Qué sea ella o de qué se componga no lo sabemos aún. Pero sabemos, en todo caso, que de la forma como entendamos dicha “naturaleza humana” depende en gran medida, si no totalmente, la comprensión que tengamos no solo de nosotros mismos sino del conjunto de nuestra ciencia, pues “es evidente que todas las ciencias se relacionan en mayor o menor grado con la naturaleza humana”.
- b) Si aceptamos como verdadero lo anterior, será preciso que aceptemos que todo nuestro conocimiento reposa sobre el conocimiento que hayamos adquirido sobre la naturaleza humana y que, por tanto, las ciencias, incluso las que parecen más lejanas de nuestros intereses humanos inmediatos, las que parecen fruto nada más que de un

⁶ Humo, David: *Tratado de La Naturaleza Humana*. Tomo 1. Barcelona. Orbis, 1984. pp. 79-81.

esfuerzo sobrehumano de abstracción como la física, la matemática, y aún las que pretender estudiar no al hombre sino a la naturaleza en sí misma e independientemente de la acción que ejerce el hombre sobre ella, llamándose a sí mismas “ciencias naturales”, “dependen de algún modo de las ciencias del hombre, pues están bajo la comprensión de los hombres y son juzgadas según las capacidades y facultades de éstos”.

- c) De acuerdo con ello, el conocimiento de la naturaleza humana será el único que nos podrá proporcionar la “clave” a partir de la cual explorar y hacer progresar el conjunto de nuestros conocimientos. En palabras de Dewey, “el conocimiento de la naturaleza humana nos proporciona un mapa o carta de todos los asuntos sociales y humanos y, una vez en posesión de esta carta, podemos encaminar nuestros pasos de manera inteligente por entre todas las complejidades de los fenómenos de la economía, de la política, de las creencias religiosas, etc.”⁷.
- d) A esta “ciencia de la naturaleza humana” corresponderá esencialmente explicar el funcionamiento de nuestra mente, esto es, ella será la que podrá imprimir un impulso acelerador a nuestros conocimientos y podrá dar una base cierta a nuestras costumbres, sólo en la medida en que nos lleve a conocer con certeza la extensión y fuerza de nuestro entendimiento, el origen y naturaleza de nuestras ideas y las operaciones que realizamos al argumentar.
- e) La fundación de una “ciencia de la naturaleza humana” como la que aquí se pretende nos obliga a cambiar radicalmente nuestro modo de proceder ordinario en la producción de conocimientos. Por un lado, en vez de dar innecesarios “rodeos” sobre las cosas, hemos de dirigirnos al centro mismo de donde emanan todas las ciencias: la naturaleza humana (dice Hume, metafóricamente, que “en vez de conquistar de cuando en cuando un castillo o una aldea en la frontera, marchemos directamente hacia la capital o centro de esas ciencias: hacia la naturaleza humana misma; ya que, una vez dueños de ésta, podremos esperar una fácil victoria en todas partes”). Por el otro, no nos será suficiente con deducciones genéricas de principios abstractos, pues, es claro que la única fundamentación sólida que podemos dar a esa misma ciencia deberá estar en la experiencia y la observación”.

Tengamos presentes las consideraciones anteriores, pues, aunque Dewey critique a Hume su concepción todavía abstracta de la naturaleza humana (puesto que no reconoce aún suficientemente la influencia formadora del medio social, no es capaz de ver aún con suficiente fuerza el impacto de las instituciones y las condiciones sociales en la conformación de dicha naturaleza humana y, sobre todo, no logró determinar con claridad el papel fundamental de la costumbre en cuanto formadora de los hábitos), nada tiene que objetar, y sí, por el contrario, mucho que reconocer a la idea directriz de Hume: la de hacer de la naturaleza humana la clave de todas las ciencias. De esta manera Dewey, tomando como base la idea directriz de Hume, debe lanzarse a buscar una nueva manera de comprender y conceptualizar lo que se ha dado en llamar “naturaleza humana”.

Siempre que indagamos por algo es preciso que nos formemos una noción previa de lo buscado: en este caso la naturaleza humana. Para intentar determinar aquello que sea la naturaleza humana se han ensayado tradicionalmente dos caminos. El primero: intentar definir a priori, en abstracto, metafísicamente, sin recurso alguno a la observación y la experiencia, sino sólo mediante la aplicación de principios derivados de una razón

⁷ Dewey, J.: *Op. cit.*, pp. 7-8

todopoderosa que pretende poder conocer el mundo exclusivamente desde sí misma; por supuesto, y de acuerdo con lo dicho anteriormente a propósito del texto de Hume, este camino resulta por principio no sólo inconveniente sino imposible de practicar; éste ha sido precisamente el camino que han seguido siempre los teólogos, los moralistas e, incluso, los políticos⁸. El segundo, muy ensayado, según Dewey, por psicólogos (no sólo por los de entonces, sino, seguramente, también por los de ahora) consiste en “la tendencia a insistir en el concepto de una naturaleza humana innata, no afectada por influencias sociales, y a explicar los fenómenos sociales en relación con rasgos de naturaleza original llamados ‘instintos’”⁹. Baste decir que lo que se esconde detrás de la noción del instinto como algo puramente natural, original e innato es, nuevamente, como en el caso anterior, la idea de una naturaleza humana fija y preestablecida; la noción de instinto no tiene base experimental alguna y, en cuanto tal, sigue siendo una idea puramente metafísica; además, no tenemos razón alguna para afirmar que la naturaleza humana esté constituida por lo “innato” y, menos aún, para decir que eso “innato” es lo que corresponde a una noción tan vaga como la de “instinto”. Por el contrario, mediante una muy interesante inversión del problema, Dewey nos mostrará que, en la medida en que es posible aceptar algún innatismo en la noción de la naturaleza humana, lo innato no puede ser otra cosa que lo adquirido: el hábito¹⁰.

En los dos caminos ensayados hasta ahora para elaborar la noción de la naturaleza humana la falla es la misma: se piensa en una naturaleza humana definible a priori y, por ende, fija y predeterminada y, a cambio de ello, se olvida lo esencial, el poder formador de la cultura. Entender la cultura como el medio en el cual se forma la naturaleza humana implica, en primer lugar, reconocer que eso que llamamos naturaleza humana no es algo ya hecho y terminado y, por tanto, no puede ser definido a priori, esto es, implica reconocer que está en un proceso de formación; pero, sobre todo, implica aceptar que es el medio cultural, y no hipotéticos rasgos de la naturaleza original (“instintos”), los que determinan en última instancia la estructura y funcionamiento de la naturaleza humana.

Por supuesto, Dewey no niega que pueden existir ciertos rasgos y fuerzas pertenecientes a una naturaleza humana común; pero lo que sí se niega a aceptar es que dichos rasgos y fuerzas puedan ser clasificadas bajo el resbaladizo término “instintos”. Más aún, lo que Dewey se propone al elaborar su ciencia de la naturaleza humana, que ha de servir de base a su propuesta moral, es precisamente mantener en permanente equilibrio las fuerzas provenientes de una naturaleza humana común y las provenientes de las influencias del medio cultural. Al final del prólogo de su obra insiste fuertemente en esto último.

“Habrá sin duda muchas deficiencias en las páginas que siguen, pero deben interpretarse sólo como un esfuerzo por mantener en equilibrio ambas fuerzas [la naturaleza humana común, por una parte, y las costumbre e instituciones sociales, por otra]. Espero haber destacado en forma debida la influencia que ejercen los hábitos y tendencias culturales

⁸ En su introducción señalará Dewey cómo los teólogos y moralistas se han formado una concepción bastante negativa de la naturaleza humana y es precisamente esta idea la que determina el carácter de su ciencia. Bastaría recordar algunas declaraciones de Lutero al respecto, o incluso, algunos pasajes de una obra política como El Príncipe de Maquiavelo para darnos cuenta de cómo una concepción negativa de la naturaleza humana determina radicalmente la perspectiva y los postulados de cualquier ciencia.

⁹ Dewey, J.: *Op. cit.*, p.9.

¹⁰ Cfr. Dewey, J.: *Op. cit.*, pp. 90-91.

Allí el autor justifica por qué son los hábitos -lo adquirido- y no los impulsos lo primitivo en la conducta humana. “Los impulsos, aunque preceden en el tiempo, nunca son primarios de hecho, son secundarios y dependientes” (p.90).

sobre la diversificación de las formas adoptadas por la naturaleza humana. Hago también el intento de aclarar que siempre están en juego fuerzas intrínsecas de una naturaleza humana común; fuerzas que son a veces sofocadas por el medio social que las rodea, pero que también, a lo largo del tiempo, se esfuerzan constantemente por liberarse y modificar las instituciones sociales de manera que éstas puedan formar un medio más libre, más transparente y más de acuerdo con su funcionamiento. La 'moral' en un sentido más amplio, es una función de la acción recíproca de estas dos fuerzas"¹¹.

De esta manera, vamos acercándonos ya a los elementos que pondrá en interacción Dewey al elaborar su ciencia de la naturaleza humana: por una parte, los hábitos; por la otra, los impulsos¹² en tercer lugar, y a manera de "mediadora" entre los hábitos y los impulsos, la inteligencia. Lo novedoso de la propuesta de Dewey, sin embargo, no está tanto en los elementos considerados cuanto en la forma de explicar su permanente interacción y en la primacía que otorga a los hábitos en el desarrollo de la conducta. Según él:

"(...) la comprensión del hábito y de los diferentes tipos de hábitos son la clave de (la psicología social), en tanto que la actuación del impulso y de la inteligencia nos da la clave de la actividad mental individualizada. Sin embargo, el impulso y la inteligencia son secundarios respecto del hábito; de manera que, en concreto, puede considerarse la mente como un sistema de creencias, deseos y propósitos que se originan en la acción recíproca entre las aptitudes biológicas y el medio social"¹³.

Desafortunadamente, por razones de espacio, no podemos entrar aquí a desarrollar en detalle el contenido de la ciencia de la naturaleza humana tal como lo concibe Dewey a partir de la interacción hábitos -impulsos- inteligencia. El desarrollo de este asunto constituye el cuerpo fundamental del texto sobre *Naturaleza humana y conducta*¹⁴. Baste con decir que es dicha ciencia la única que está en capacidad de abrirnos el camino hacia una concepción más positiva de nuestra propia naturaleza y, con ello, de abrir el espacio para una nueva consideración de la moralidad y la educación. Será eso lo que desarrollaremos en seguida.

Naturaleza humana y moralidad.

Aquello que desconocemos nunca deja de producirnos miedo y nunca dejamos de imaginarlo en términos diabólicos. Ello es lo que ha ocurrido con la naturaleza humana: a fuerza de desconocerla, hemos terminado por temerle y por llenar el mundo de diques que contengan sus diversas manifestaciones; a fuerza de luchar contra ella, la hemos

¹¹ Dewey, J.: *Op. cit.*, p.10.

¹² Uso aquí la palabra "impulso", que, aunque no es todavía la más apropiada para lo que Dewey quiere significar, resulta menos problemática que el término "instinto".

El propio autor, en una nota de la p.104 de su obra, hace la siguiente anotación sobre el uso de estos términos: "El uso de las palabras 'instinto' e 'impulso', con un sentido prácticamente equivalente, es intencional, aun cuando pudiera no agrandar a los lectores aficionados a la crítica. La palabra instinto tomada aisladamente está aún muy cargada de la antigua noción de que un instinto está siempre definitivamente organizado y adaptado, que es, precisamente, lo que no suele ocurrir en los seres humanos. La palabra impulso sugiere algo primitivo pero suelto, sin dirección inicial. El hombre puede progresar, cosa que no ocurre con las bestias, precisamente porque tiene tantos "instintos", que se entrecruzan unos con otros, por lo que las acciones más útiles deben ser aprendidas. Al aprender hábitos, le es posible al hombre adquirir el hábito de aprender. El mejoramiento se convierte entonces en un principio consciente de la vida".

¹³ Dewey, J.: *Op. cit.*, p.11.

¹⁴ El cuerpo del libro de Dewey (está constituido por tres partes que llevan por título "El lugar del hábito en la conducta", "El lugar del impulso en la conducta" y "El lugar de la inteligencia en la conducta",

convertido en nuestro principal enemigo. Los moralistas de oficio, cuando no los teólogos y hasta los políticos, nos la han presentado tan malignamente dispuesta, que la moralidad no ha podido ser concebida de otro modo que como un intento de controlar su ímpetu destructor.

Esta situación, sin embargo, señala Dewey, encierra una fundamental contradicción. Supongamos que, en efecto, la naturaleza humana es intrínsecamente mala, que es nuestro deber recortar su ímpetu y someterla a control. Ello no quita, de todas maneras, que ella se rebele contra dicho control, lo cual puede ser, una vez más, interpretado como prueba de su maldad innata. Ello, a pesar de todo, no resuelve el asunto, pues los preceptos de la moral quieren presentarse como los más naturales a nosotros en cuanto a hombres; así pues, ¿cómo explicar que la moralidad haya establecido normas tan ajenas a la naturaleza humana?, ¿cómo entender que las reglas sean derivadas de la naturaleza humana cuando a esta se le ha descalificado como malévola? Ciertamente hay una contradicción necesaria en una moralidad fundada en un concepto negativo de la naturaleza humana, como la hay en toda teoría moral que, como consecuencia de lo anterior, se funde en normas absolutas, mandatos del deber o preceptos divinos.

Pero volvamos a nuestro punto de partida: nos produce miedo aquello que desconocemos. En consonancia con ello, y sin entrar a analizar los factores que determinen el carácter y el origen de ese control de la naturaleza humana impuesto por la moralidad, es preciso afirmar que una consideración positiva de la naturaleza humana y, por tanto, una moral más humana que le seguiría en consecuencia, sólo se puede fundar en un conocimiento lo más certero posible de ella, en un conocimiento científico.

No faltará quien diga que pretender un conocimiento científico de la naturaleza humana es imposible o que no es conveniente por razones de orden moral. Dewey responderá a ello diciendo que “sostener que la naturaleza humana es impenetrable a la razón equivale a admitir que es intrínsecamente defectuosa”¹⁵, pero, sobre todo, mostrando las nefastas consecuencias de una moral abstracta en la cual se ha buscado mantener una total separación entre los principios morales y los resultados de las ciencias, como la fisiología y la psicología humana: una moral centrada en la prevención del pecado, en la prohibición de ciertos actos, en la normatización de la vida, una moral de hombres mediocres con pretensiones de neutralidad que hacen pasar su “limpieza de culpa moral” por signo de bondad; una moral que cultiva el conformismo y el instinto gregario; una moral de indulgencias y concesiones, cuando no de hipo-crecía y búsqueda desenfrenada del éxito; etc. Por el contrario, un conocimiento científico de la naturaleza humana conlleva un cambio ético implícito, consistente en una apreciación más positiva de ella.

Ahora bien. Un conocimiento científico de la naturaleza humana no puede realizarse por las dos vías ya desechadas¹⁶: ni por la deducción sistemática a partir de ideales abstractos como la pureza de los motivos o la bondad del alma, pues allí, nuevamente, se apunta a una separación entre los principios morales y las realidades de la vida ordinaria, no quedando al “alma pura” otro refugio que una conciencia interior donde ponerse a salvo de las contaminaciones de la vida pública; ni por la exaltación romántica de “instintos” o impulsos naturales, que terminan por erigirse en “leyes naturales” que, a su vez, se tornan leyes morales, determinando pautas de acción según las cuales toda restricción impuesta a la satisfacción de los “impulsos naturales” debe ser interpretada

¹⁵ Dewey, J.: *Op. cit.*, p.15.

¹⁶ Cfr. más arriba p.38 y 39

como una violación de los derechos individuales. En ambos casos, la separación naturaleza humana-moralidad concluye en la tendencia a encerrarse en una personalidad abstracta, en una “conciencia interior” que no se deja afectar por las demandas del medio social y que, antes bien, las proscribire como ajenas a toda consideración moral.

Para Dewey, el conocimiento científico de la naturaleza humana no se logra a través de una intuición pura, sino a través de un trabajo paciente de investigación en el cual tienen cabida todas las ciencias, aún las más “físicas” o “materiales”. No tienen sentido aquí aquellos purismos que nos hacen pensar que la moral se degrada al intervenir en las cosas materiales o pierde su puridad al dejarse iluminar por puntos de vista desarrollados por las ciencias naturales; no sin cierto grado de ironía dice Dewey que “si surgiera una secta que proclamara que el hombre debería purificar completamente sus pulmones antes de comenzar a respirar, es seguro que tendría numerosos adeptos entre los moralistas oficiales”¹⁷. Este descuido de los hechos de nuestra vida natural y social es el que nos ha conducido a la afirmación de una personalidad irreal, en la cual nos reclusamos ante el horror que nos provocan los retos de la experiencia presente en lo que ésta tiene de física y brutal, la que nos ha llevado a olvidar que nuestra libertad, para que sea real, ha de fundarse en el conocimiento de las interacciones recíprocas de nuestro ser con el mundo natural, la que ha desviado nuestra inteligencia hacia la preocupación por una vida puramente interior en donde cultivamos desenfundados sentimentalismos.

“Es imposible precisar cuántos sufrimientos remediabiles del mundo se deben al hecho de que las ciencias físicas se consideren como meramente físicas, y hasta qué grado la esclavización innecesaria del mundo se ha originado en el concepto de que las cuestiones morales pueden arreglar-se dentro de la conciencia o sentimientos humanos sin necesidad de un estudio concienzudo de los hechos ni de la aplicación de los conocimientos específicos de la industria, las leyes y la política”¹⁸.

Dewey no pretende, sin embargo, que una teoría moral como la que él busca establecer, basada en una consideración positiva de la naturaleza humana y en el estudio minucioso de las conexiones de la realidad humana con el mundo físico, nos ponga a salvo de la lucha moral. Por el contrario, una moral basada en el estudio de los hechos y que busca la orientación para la acción en las posibilidades abiertas por los hechos mismos, al tiempo que localiza los puntos de efectiva importancia y procura los recursos suficientes, nos impele a inventar cursos de acción novedosos y eficientes y nos capacita para plantear nuestros propios problemas de manera tal que nos procure una acción inteligente y una solución efectiva; “no nos aseguraría contra el error, pero lo convertiría en una fuente de instrucción; no nos protegería contra la futura aparición de dificultades igualmente serias, pero nos capacitaría para encaramos a las contrariedades siempre recurrentes con un caudal cada vez mayor de conocimientos, el cual añadiría un considerable valor a nuestra conducta aún en el caso de un manifiesto fracaso, lo que continuará ocurriendo”¹⁹.

Con ellos, accedemos al punto de vista de una moral que no se deja obnubilar por irreales anhelos de perfección, y que, en cambio, nos reclama a cada momento una acción inteligente que, si no garantiza nuestra “pureza” o “buena voluntad”, sí enseña que en cada acción se juega un momento esencial en la formación de nuestro carácter.

“Hay en verdad fuerzas internas en el hombre, como las hay fuera de él. Aunque las primeras son infinitamente débiles en comparación con las fuerzas exteriores, pueden, sin

¹⁷ Dewey, J.: *Op. cit.*, pp. 21-22.

¹⁸ Dewey, J.: *Op. cit.*, pp. 22.

¹⁹ Dewey, J.: *Op. cit.*, pp. 23-24.

embargo, obtener el auxilio de una inteligencia previsora e ingeniosa. Cuando consideramos el problema como un ajuste al que debe llegarse inteligentemente, la cuestión se desplaza de dentro de la personalidad hasta llegar a ser un asunto de construcción, de establecimiento de artes de educación y de orientación social'²⁰.

De esta forma, el problema moral no consistirá en la persecución de ideales de perfección inalcanzables, sino en la continua formación, recíproca e inteligente, de nuestros hábitos e impulsos; será, pues, un asunto de educación.

Moral y educación.

Hemos insistido en la La necesidad de una ciencia de la naturaleza humana como fundamento de todo nuestro saber y como clave esencial de un control racional de nuestra conducta, entendido este último no como un adiestramiento externo de nuestros actos, sino como la capacidad de asumir nuestro compromiso moral en los términos de un proceso de discernimiento en donde entran a jugar los elementos fundamentales de una naturaleza humana, concebida dinámicamente: los hábitos, los impulsos y la inteligencia. Quisiera, en esta última parte, insistir en la relación existente entre la moral, concebida como formación del carácter, y la educación que se entiende a sí misma como la adquisición de hábitos.

“Moral” en su sentido más amplio, decíamos con anterioridad, es un término que tiene que ver con todos los asuntos de carácter humano. Pero la “moral”, concebida en su sentido amplio en cuanto tiene por base la ciencia de la naturaleza humana, no es el producto de una naturaleza humana concebida fija e incambiable, sino, más bien, un actuar que, aunque racional, está abierto a la falibilidad, a la posibilidad de errar, y, por tanto, a la auto-corrección, a la autoeducación. Situados permanentemente ante la alternativa de lo mejor y lo peor, y no ante definiciones previas y absolutas de “lo bueno y lo malo”, nuestra acción será fruto, más que de un canon de conducta establecido, de una elección reflexiva, por la cual además de optar por un “curso de acción”²¹ determinado, por nuestra opción cargamos de significado nuestra propia experiencia presente. Con ello, no solo elegimos acciones, sino que nos elegimos a nosotros mismos a través de nuestras acciones. De esta manera, la moral no es una realización fija sino un proceso continuo por el cual otorgamos sentido a nuestra conducta y formamos nuestro propio carácter.

Ahora bien. Otorgar sentido a nuestra conducta no quiere decir revalidar con nuestras acciones el contenido y significación de normas extrínsecas que pretendan guiar dichas acciones. Es, más bien, construir significado para una actividad presente. De esta manera, es la actividad presente, y no la persecución de lejanos ideales de perfección, la que está cargada de significación moral, porque es en la actividad presente, y sólo en ella, donde nos jugamos el sentido que nuestras acciones puedan tener, donde nos formamos de acuerdo con aquello que naturalmente somos, donde construimos los hábitos esenciales que conforman nuestro carácter, donde, en una palabra, nos educamos. Es así como el esfuerzo moral por encontrar significado a la actividad presente es la base misma de todo proceso educador y como nuestra tarea moral puede ser definida como tarea

²⁰ Dewey, J.: *Op. cit.*, pp. 21.

²¹ Esta noción de “curso de acción” tiene, a mi modo de ver, una particular significación en el planteamiento ético de Dewey. Quiere con ella insistir especialmente en que, dado que nuestros actos deben ser juzgados a partir de sus propias consecuencias, cuando actuamos, nuestra acción, lejos de estar aislada de otras acciones, abre el camino para el desenvolvimiento de una serie consecuente de acciones; de este modo, más que elegir actos particulares, optamos por cursos de acción

educativa. “En el sentido más amplio de la palabra, moral es educación; es aprehender el sentido de lo que estamos haciendo y emplearlo en la acción”²².

Pero educarnos consiste precisamente en formar hábitos, entendidos éstos no como simples conductas repetitivas o como modos más o menos fijos de hacer cosas con un cierto grado de destreza, sino como verdaderas “funciones” que nos permiten usar e incorporar el medio ambiente e, incluso, como “artes” a través de los cuales, a medida que moldeamos el medio ambiente, incorporamos a nuestro ser orden, disciplina y manejo de técnicas de lucha vital. Desde luego, lo que garantiza que nuestros hábitos no se anquilosen formando una coraza, es el efecto “plástico” que sobre ellos ejercen los impulsos, obligando, a través de un proceso de interacción con el medio, a su reconstrucción permanente. De este modo, y entendiendo que la educación humana no es ni única ni primariamente la formación de una razón ajena a nuestros hábitos e impulsos, Dewey señalará que “una educación verdaderamente humana consiste en una dirección inteligente de las actividades innatas a la luz de las posibilidades y necesidades de la situación social”²³.

Una educación así concebida está lejos de lo que suele llamarse un adiestramiento, esto es, un esfuerzo por regularizar y mecanizar el ejercicio de nuestros hábitos e impulsos, para ponerlos al servicio de ideales externos de orden o disciplina, para convertirlos en meras imitaciones o en conductas inmutables. Por el contrario, y sin negar que hay un aspecto de adiestramiento que es necesario el ejercicio cultural de la educación, Dewey muestra repetidamente los peligros de una educación orientada a la castración del impulso. Por supuesto, una verdadera educación ha de hacernos dóciles, pero no simplemente a aprender aquello que los que tienen poder y autoridad pretendan enseñarnos, sino a las continuas lecciones de la experiencia presente, y, por tanto, consistirá en nuestra capacidad para formarnos hábitos más flexibles y más fácilmente reajustables. Educar no consiste, pues, en enfrentar irreflexivamente los hábitos de los adultos con los impulsos de los niños y los jóvenes, sino en la tarea permanente de reconstrucción de los hábitos a partir de los impulsos, y de los impulsos a partir de los hábitos. Y es en esa tarea reconstructiva en donde la inteligencia reflexiva, en cuanto mediadora en el conflicto impulsos-hábitos²⁴, encuentra su verdadero lugar en la acción humana.

A esta altura de la reflexión, Dewey introduce un concepto que considero de particular importancia para una teoría de la educación: el de “impulso de reserva”. A través de él, y sin recurrir a lo que el psicoanálisis llamó represión, insiste en que, en vez de poner diques a la manifestación de nuestros impulsos, “es necesario utilizar el impulso liberado como factor de una reorganización permanente de las costumbres e instituciones”²⁵. Si el impulso cumple el papel fundamental de renovador de los hábitos de la vida adulta, en una conveniente dirección de los impulsos, en conexión con los hábitos, radica la posibilidad de una orientación inteligente de nuestra acción. Por el contrario, nuestra

²² Dewey, J.: *Op. cit.*, p.256.

²³ Dewey, J.: *Op. cit.*, p.96.

²⁴ Esa labor “mediadora” de la inteligencia es descrita por Dewey en los siguientes términos: Al romperse la corteza que cubre a la costumbre, se liberan impulsos; y la labor de la inteligencia es encontrar la forma de utilizarlos (...). El hábito como arte vital depende de la forma en que el impulso lo anime (...) Se requiere el impulso para despertar el pensamiento, incitar la reflexión y avivar la creencia; pero sólo el pensamiento se da cuenta de los obstáculos, inventa herramientas, concibe metas, dirige la técnica y, en esta forma, convierte el impulso en un arte que vive en los objetos. El pensamiento nace como hermano mellizo del impulso en cualquier momento en que se reprime un hábito; pero, a menos que se le alimente, muere con rapidez y el hábito y el instinto continúan en su pugna interna” (Op. cit., pp. 161-162).

²⁵ Dewey, J.: *Op. cit.*, p.98.

“civilización” se funda sobre una permanente escisión entre unos hábitos fijos anquilosados en instituciones y unos impulsos sin dirección que, ante la imposibilidad de manifestación, alimentan tensiones acumuladas dispuestas a estallar en cualquier instante. De esta forma, la pretensión de una permanente reconstrucción hábitos-impulsos/impulsos-hábitos resulta imposible:

“Para cambiar las instituciones establecidas hemos dependido de la conmoción de las guerras, de la tensión de las revoluciones, del surgimiento de individuos heroicos, de la influencia de las migraciones generadas por la guerra y el hambre, de la invasión de los bárbaros, etc. En vez de utilizar constantemente los impulsos, no usados, para efectuar una continua reconstrucción, hemos esperado a que un cúmulo de tensiones haga reventar repentinamente los diques de la costumbre”²⁶.

Bajo esta consideración, podemos ver la educación, bajo una nueva perspectiva, como la posibilidad de un aprovechamiento permanente de los impulsos de reserva como método de renovación de una vida civilizada sometida al perpetuo peligro del anquilosamiento, como el modo más adecuado de rejuvenecerla desde su interior. Así mismo, el aprendizaje o desarrollo educativo puede concebirse ahora como la utilización continua y metódica de esos impulsos nunca usados, de esos “impulsos de reserva que, en vez de alimentar una tensión acumulada, pueden ser aprovechados orgánicamente en la renovación permanente de nuestra vida personal y social.

Es así como las posibilidades de emancipación son puestas por Dewey no en la persecución de ideales abstractos, sino en las propias fuerzas creadas por el sistema económico que pretendemos cambiar²⁷, pero, sobre todo, en las posibilidades abiertas por la educación de los jóvenes. No se trata simplemente, sin embargo, de la mera idea de una instrucción universal, idea ligada a regímenes económicos determinados, sino de aprovechar las posibilidades abiertas por una existencia llena de actividad impulsiva, curiosa, afanosa de experimentar, pero también dispuesta a educarse, esto es, a formarse hábitos de autodisciplina y autocontrol.

La tarea de la educación, sin embargo, se ve continuamente amenazada por la pretensión del adulto de determinar desde su pre-comprensión del mundo los hábitos a ser adquiridos por las nuevas generaciones y, sobre todo, por su interés por ejercer un control permanente sobre la actividad del aprendizaje. Será preciso, entonces, para que la tarea de la educación sea posible, encontrar una nueva forma de control para su desarrollo. Ella cree encontrarla Dewey en la experiencia.

Entrar a analizar este punto, sin embargo, nos llevaría mucho tiempo, y sería más conveniente hacerlo objeto de una reflexión posterior, pues a él le dedica Dewey uno de sus libros más bellos e interesantes²⁸. Baste con decir que el concepto de experiencia es uno de los conceptos mejor trabajados por Dewey, en la medida en que lo ha logrado liberar de muchas de las reducciones a las que lo había sometido la filosofía empirista.

Concluamos con un texto del propio autor donde deja clara la importancia de esta nueva conceptualización de la experiencia:

“Yo considero que la unidad fundamental de la nueva filosofía se encuentra en la idea de que existe una íntima y necesaria relación entre los procesos de la experiencia actual y la

²⁶ Dewey, J.: *Op. cit.*, p.101.

²⁷ Cfr. Dewey, J.: *Op. cit.*, p.123 y ss.

²⁸ Véase Dewey, John: *Experiencia y Educación*. Buenos Aires. Losada, 1939.

educación. Si es cierto, entonces el desarrollo positivo y constructivo de su propia idea básica depende de que se posea una idea correcta de la experiencia”²⁹.

²⁹ DEWEY, John: *Experiencia y Educación*, p. 16.